

Juan PORTAVELLA, *El Dios escondido*, Madrid: Palabra, 2015, 288 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-9061-206-4.

El autor del libro, Juan Portavella, nació en Vic (Barcelona) en 1932, y completó estudios de Ciencias Químicas en Barcelona y de Derecho Canónico en Roma, recibiendo la ordenación sacerdotal en 1959. Ejerció su ministerio en Estados Unidos primero y luego –a partir de 1967 y hasta la fecha actual– en Filipinas. Su larga y rica experiencia pastoral y docente, con seglares de toda condición, y con sacerdotes y seminaristas, queda reflejada el presente libro, que busca dar respuesta a una pregunta que acucia a tantas personas en un mundo que parece anegada por desastres y atrocidades. («¿Dónde estaba Dios en Auschwitz?» se preguntaba Benedicto XVI cuando visitó el lugar en 2006, haciéndose eco de la pregunta en tantos corazones; «¿Dónde estaba Dios en el Tsunami?», se preguntaba David Bentley Hart en el título de su libro publicado después de la catástrofe de 2004).

El autor reconoce en la Introducción de su libro que la preferencia divina por «esconderse» es un estricto misterio. Hay un velo que separa a Dios del hombre, y sería presuntuoso por parte de este intentar comprender la mente divina. Sin embargo, con la fe y la razón es factible entrever, detrás del velo, la lógica divina. Es lo que intenta desarrollar el autor en los 13 capítulos que componen el libro.

Los capítulos iniciales contienen una reflexión teológica acerca de la condición actual humana, instalada en un claroscuro, no solo debido al abismo metafísico que media entre el Dios infinito y las criaturas finitas, sino también debido a la oscuridad que históricamente afecta a la naturaleza humana caída. De todos modos –explica el autor– las actuales limitaciones humanas tienen cabida dentro del designio providencial de Dios, que no borra del corazón humano el hondo deseo de comunicación. Aunque Dios en

ciertos momentos puede alentar al hombre con intervenciones sobrenaturales que indiquen su cercanía, prefiere –por regla general– conducir al hombre por caminos de fe, humildad y esfuerzo, hasta la visión final de la bienaventuranza. Para quienes tienen fe, hay luz suficiente para percibir –detrás de los acontecimientos– un Dios bueno; para quienes no tienen fe, hay oscuridad suficiente para negar su existencia. Como afirma el autor, Dios en realidad no es tan silencioso ni escondido, para quienes saben escuchar y quienes saben dónde mirar.

En los siguientes capítulos el autor ofrece pistas sobre la manera característica con que Dios trata los hombres: tiene un modo de obrar suave, respetuosa y no avasalladora de la libertad humana; y a la vez soberana: impredecible, incalculable. El sujeto humano tiene que aprender a bailar con un Dios así, ejercitándose en la fe, la confianza en la providencia, el amor y la obediencia filiales. La norma de actuar de Cristo es una buena muestra de esta preferencia divina: nunca usó milagros o palabras vehementes para apabullar, sino que –con humildad y un delicado respeto a la libertad de sus interlocutores– procuró suscitar una reacción de amor en los corazones.

El autor incluye sugerencias prácticas que pueden facilitar la percepción de Dios en la vida ordinaria: aprender a apreciar y contemplar la naturaleza, a evitar excesivas distracciones, a sentirse mirado por Dios y estar en sus manos, a tener sensibilidad para los momentos en que Dios se hace más palpable y a perseverar cuando se hace el silencio; por otra parte, evitar un racionalismo exagerado, exigiendo explicaciones y evidencias a un Dios soberano.

El autor dialoga con un sector particular del mundo contemporáneo en uno de los capítulos finales: «Dios y los científi-

cos». Muestra con ejemplos que es compatible la fe en Dios y una actitud científica seria, que sabe apreciar el orden, la organización, las pautas, la teleología en el cosmos, y atisbar una explicación trascendente. De hecho –argumenta el autor– son más bien quienes no conocen los límites de su ciencia particular quienes la extrapolan indebidamente a los ámbitos metafísico y teológico para llegar a una conclusión atea.

Las citas que el autor ofrece son de especial interés: en este capítulo, de científicos destacados; en los restantes capítulos, de pensadores y autores espirituales.

En suma, estamos ante una obra que ofrece a la vez reflexiones personales y recomendaciones útiles para quienes buscan a Dios entre luces y sombras.

J. José ALVIAR

Juan MOYA CORREDOR, *Para ser otro Cristo*, Madrid: Cristiandad, 2017, 389 pp., 12,5 x 20,5, ISBN 978-84-7057-629-4.

La obra pretende ayudar a «llegar a ser otro Cristo»: conocerlo mejor, amarlo, imitarlo: ser santo. Informado por la idea de que Él nos amó hasta dar su vida por nosotros, el autor se adentra en el Evangelio y contempla a Cristo. Cita constantemente textos de la Escritura y hay también una enorme carga de citas de otras fuentes. No es una biografía ni un tratado de Cristología; su orientación es ascética, intentando que el lector aumente su capacidad de amar con obras, y descubra que aún le queda mucho por recorrer.

Se reparte en 25 capítulos. Los cuatro primeros, surgen de la vida de Cristo hasta el inicio de su vida pública, destacando: su vida oculta, el trabajo ordinario y su dimensión apostólica; la vida familiar en Nazaret, «escuela» para las familias cristianas; Jesús en el desierto: el tentador y un desglose de las tres tentaciones. Los cinco últimos ponderan los sucesos del Domingo de Ramos y la unción por la mujer pecadora; del Jueves y Viernes Santo (resalta los primeros signos de la fecundidad de la Cruz: el centurión convertido); y de la Resurrección del Señor como verdad central de nuestra fe, deteniéndose en una exposición de argumentos de su veracidad histórica y en su valor salvífico. En los restantes capítulos discurre sobre:

a) Filiación divina: ¿por qué somos hijos adoptivos de Dios?; nuestro modo de vida en cuanto hijos de Dios; nuestra meta de llegar a la experiencia de la Cruz: «con Cristo estoy crucificado»; y, como consecuencia, llevar una vida de infancia espiritual. b) Llamada a la santidad: ya aparece en la Sagrada Escritura; implica un «alto grado» de vida cristiana; en las cosas comunes hay un «algo santo»; medios para avanzar hacia la santidad: escuchar la Palabra de Dios, cumplir su voluntad con la ayuda de la gracia, sacramentos, oración, renuncia a uno mismo, servir a los demás, practicar todas las virtudes. c) Llamada al apostolado como inseparable de la vocación cristiana: los primeros apóstoles; la respuesta a la llamada; la sorprendente llamada de Saulo. Cristo nos sigue llamando. d) El mandamiento del amor: «como Yo os he amado»; amando con obras; los sentimientos del Señor; la misericordia «es el atributo más grande de Dios»; Cristo, rostro de la misericordia del Padre; vivir la misericordia con nuestro prójimo: bienaventurados los misericordiosos. e) El hombre viejo y el hombre nuevo: vida nueva en Cristo. f) La «eterna novedad»: Cristo nos renueva por dentro con la vida de la gracia. El auténtico progreso es intelectual (cono-